

curidad de mi retiro me esconderían de tan general persecución. Pero no fué así. En la noche del 16 de Abril de 1794, la casa de mi habitación se halló de repente cercada de soldados, y por orden de la Junta de Seguridad general, fuí conducido á la prisión de mi departamento. En aquel tiempo la persecución era el primer paso para el suplicio. Procuré someterme á las órdenes de la divina Providencia..... Pero ¡pobre de mí!, ¿qué podría yo hacer? Viejo, secular, sin más instrucción que la muy precisa para mí mismo, y encerrado en una cárcel con pocos libros que me guiasen, y ningunos amigos que me dirigiesen» (1).

Y más adelante Olavide se retrata en la persona de aquel «filósofo que no dejaba de tener algún talento y que nació con muchos bienes de fortuna. Pero habiendo recibido en su niñez la educación ordinaria, había aprendido superficialmente su religión; no la había estudiado después, y en su edad adulta casi no la conocía, ó por mejor decir, sólo la conocía con el falso y calumnioso semblante con que la pinta la iniquidad sofística..... Un infortunio lo condujo á donde pudiese escuchar las pruebas que persuaden su verdad; y á pesar de su oposición natural y, lo que es más, de sus envejecidas malas costumbres, no pudo resistir á su evidencia, y después de quedar convencido, tuvo valor, con la asistencia del cielo, para mudar sus ideas y reformar su vida.»

Dudar de la buena fe de estas palabras y atribuir las á interés ó á miedo, sería calumniar la naturaleza hu-

(1) *El Evangelio en Triunfo ó Historia de un filósofo desengañado. Tercera edición.....* En Valencia, en la imprenta de Orga. Año 1798. Tomo I, página VIII.

mana y no conocer á Olavide, alma buena en el fondo y con semillas cristianas, por mucho que hubiese pecado de vano, presumido y locuaz.

No dudo, pues (aunque lo negasen los viejos por la antigua mala reputación de Olavide), que su conversión fué sincera y cumplida, y no una añagaza para volver libremente á España. Léase el libro que entonces escribí, *El Evangelio en triunfo ó historia de un filósofo desengañado*, donde si la ejecución no satisface, el fondo, por lo menos, es intachable, sin vislumbres, ni aun remotos, de doblez ó de hipocresía.

Pocos leen hoy este libro, pero conserva nombradía tradicional por circunstancias no dependientes de su mérito. El autor era impío convertido, penitenciado por el Santo Oficio, espectador y víctima de la Revolución francesa. Sus extrañas fortunas hacían que unos le mirasen con asombro, otros con recelo, achacando el extraordinario y súbito cambio de sus ideas, éstos á propio interés y móviles mundanos, aquéllos á la dura lección del escarmiento. Acertaban estos últimos, como luego lo mostró la vida austera y penitente de Olavide y su muerte cristianísima. Dios había visitado terriblemente aquella alma, que no hubiera podido levantarse sin un poderoso impulso de la gracia divina. Todas las páginas de *El Evangelio en triunfo*, libro, por otra parte, mediano, porque no alcanzaba á más el talento de su autor, respiran convicción y fe. Fué, sin duda, obra grata á los ojos de Dios, expiación de anteriores extravíos, y buen ejemplo, que por lo ruidoso de quien le daba hizo honda impresión en el ánimo de muchos, y trajo á puerto de salvación á otros infelices como el autor. Así debe juzgarse *El Evangelio en triunfo*, más como acto piadoso

que como libro. Fué la abjuración, la retractación brillante de un impío, la reparación solemne de un pecado de escándalo. Imagínese el poder de tal ejemplo á fines del siglo XVIII, y cuán hondamente debió de resonar en las almas aquella voz que salía de las cárceles del Terror, adorando y bendiciendo lo que toda su vida había trabajado por destruir. El éxito fué inmenso: en un solo año se hicieron tres ediciones de los cuatro voluminosos tomos de *El Evangelio en triunfo*.

Con todo eso, la malicia de algunos espíritus suspicaces no dejó de cebarse en las intenciones del autor. Decían que exponía con mucha fuerza los argumentos de los incrédulos contra la divinidad de Jesucristo y la autenticidad de los libros santos, y que se mostraba frío y débil en la refutación. Algo de verdad puede haber en esto, pero por una razón que fácilmente se alcanza: Olavide había vuelto sinceramente á la fe, pero con la fe no había adquirido la ciencia teológica ni el genio de escritor que nunca tuvo. Su lectura predilecta y continua durante la mayor parte de su vida habían sido las obras de Voltaire y de los enciclopedistas: aquello lo conocía bien, y estaba muy al tanto de todas las objeciones. Pero en teología católica y en filosofía cristiana claudicaba, porque jamás las había estudiado (como él mismo confiesa), ni leído apenas libro alguno que tratase de ellas. Así es que su instrucción dogmática, á pesar de las buenas lecturas en que se empeñó después de su conversión, no pasaba de un nivel vulgarísimo, bueno para el simple creyente, pero no para el apologista de la religión contra los incrédulos. Además, como su talento, aunque lúcido y despierto, no se alzaba mucho de la medianía, tampoco pudo suplir con él lo que de ciencia

le faltaba; así es que resultaron flojas algunas partes de su apología, si bien, á fuerza de sinceridad y de firmeza, y de ser tan burda la crítica religiosa de los volterrianos, fácilmente suele lograr la victoria.

Literariamente, el libro de Olavide vale poco, y está escrito medio en francés (como era de recelar, dadas sus lecturas favoritas y su larga residencia en París); no sólo atestado de galicismos de palabras y de giros, sino de rasgos enfáticos y declamatorios de la peor escuela de entonces. Pero también tiene en muchos pasajes unción y fervor, y aunque siempre sea peligrosa la excesiva intervención del sentimiento en tesis dogmáticas, no hay duda que lo que en el libro interesa principalmente es el drama psicológico de la conversión del impío, la historia de los combates de su propia alma, de la cual el autor levanta todos los velos. Es cierto que á la fuerza teológica de los argumentos del libro daña esta especie de novela lacrimosa, en que están como ahogadas la preparación y la demostración evangélicas. Quizá Olavide debió escoger entre escribir una defensa de la religión, ó escribir sus propias *Confesiones*. Prefirió mezclar ambas cosas, y resultó una producción híbrida; pero que tal como está, fué de las primeras en que el espíritu de restauración religiosa invocó los auxilios de la imaginación y del sentimiento, uno de los precedentes indudables de *El Genio del Cristianismo*: razón bastante poderosa para que no se la pueda olvidar en la cronología literaria.

Del éxito inmediato tampoco puede dudarse. Publicada en Valencia en 1798, sin nombre de autor, llegó hasta el último rincón de España, provocando una reacción favorable á Olavide. Aquel mismo año se le per-

mitió volver á la Península, después de diez y ocho de expatriación, y no sólo se le reintegró en todos sus honores, sino que llegó la munificencia de Carlos IV hasta conferirle una pensión anual de 90.000 reales extraordinaria para aquellos tiempos, y aun para éstos, pero que se consideró sin duda como indemnización de anteriores quebrantos y confiscaciones. Para la mayor parte de los españoles, su nombre y sus fortunas eran objeto de admiración y de estupor. Los vientos empezaban á correr favorables á sus antiguas ideas; pero Dios había tocado en su alma, y le llamaba á penitencia. Desengañado de las pompas y halagos del mundo, rechazó todas las ofertas del ministro Urquijo y de Godoy, y se retiró á una soledad de Andalucía, donde vivió como filósofo cristiano, *pensando en los días antiguos y en los años eternos*, hasta que le visitó amigablemente la muerte en Baeza el año 1804, dejando con el buen olor de sus virtudes edificadas á los mismos que habían sido testigos ó cómplices de sus escandalosas mocedades, que él quizá con demasiada severidad llamaba *infames*.

Además de *El Evangelio en triunfo*, publicó Olavide una traducción de los *Salmos*, estudio predilecto de los impíos convertidos, como por aquellos días lo mostraba La Harpe, haciendo en una cárcel no muy distante de la de Olavide el mismo trabajo. Pero en verdad que si La Harpe y Olavide trabajaron para justificación propia y para buen ejemplo de sus prójimos, ni las letras francesas ni las españolas ganaron mucho con su piadosa tarea. Ni uno ni otro sabían hebreo, y tradujeron muy á tientas sobre el latín de la *Vulgata*, intachable en lo esencial de la doctrina, pero no en cuanto á los ápices literarios. De aquí que sus traducciones carezcan en ab-

soluto de sabor oriental y profético, y nada conserven de la exuberante imaginativa, de la obscuridad solemne, de la majestad sumisa, y de aquel volar insólito que levanta el alma entre tierra y cielo, y le hace percibir un como dejo de los sagrados arcanos, cuando se leen los *Salmos* originales. Por otra parte, Olavide no pasaba de medianísimo versificador: á veces acentúa mal, y siempre huye de las imágenes y de cuanto puede dar color al estilo: absurdo empeño cuando se traduce una poesía colorista por excelencia como la hebrea, en que las más altas ideas se revisten siempre de figura sensible. El metro que eligió con monótona uniformidad (romance endecasílabo) contribuye á la prolijidad y desleimiento del conjunto, además de ser poco apto para la poesía lírica. No sólo resulta inferior Olavide á aquellos grandes é inspirados traductores nuestros del siglo XVI, especialmente á Fr. Luis de León, alma hebrea, y tan impetuosamente lírica cuando traduce á David, como serena y clásica cuando interpreta á Horacio; no sólo cede la palma á David Abenatar Melo y á otros judíos, crudos y desiguales en el decir, pero vigorosos á trechos; sino que dentro de su misma época y escuela de llaneza prosaica queda á larga distancia del sevillano González Carvajal, no muy poeta, pero sí grande hablista, amamantado á los pechos de la magnífica poesía de Fr. Luis de León, que le nutre y vigoriza y le levanta mucho cuando pensamientos ajenos le sostienen. Á Olavide ni siquiera llega á inflamarle el calor de los libros santos, ni el carbón que tocó y purificó los labios de Isaías.

Tradujo Olavide, además de los *Salmos*, todos los *Cánticos* esparcidos en la Escritura, desde los dos de Moisés hasta el de Simeón, y también varios himnos de

la Iglesia, v. gr., el *Ave Maris Stella*, el *Stabat Mater*, el *Dies Irae*, el *Te Deum*, el *Pange lingua* y el *Veni Creator*: todo ello con bien escaso numen. Y ojalá que se hubiera limitado á traducir tan excelentes originales; pero desgraciadamente le dió por ser poeta original, y cantó en lánguidos y rastreros versos pareados *El fin del hombre*, *El Alma*, *La Inmortalidad del alma*, *La Providencia*, *El Amor del mundo*, *La Penitencia* y otros magníficos asuntos hasta diez y seis, coleccionados luego con el título de *Poemas Christianos*. Olavide *serpit humi* en todo el libro: válgale por disculpa que quiso hacer obra de devoción y no de literatura: para eso anuncia en el prólogo que ha desterrado de sus versos las *imágenes* y los *colores*. Así salieron ellos de incoloros y prosaicos. El desengaño le hizo creyente, pero no llegó á hacerle poeta. Increíble parece que quien había pasado por tan raras vicisitudes y sentido tal tormenta de encontrados afectos, no hallase en el fondo de su alma alguna chispa del fuego sagrado, ni se levantara casi nunca de la triste insipidez que caracteriza sus versos (1).

(1) *Salterio Español, ó Versión parafrástica de los Salmos de David, de los Cánticos de Moisés, de otros Cánticos, y algunas oraciones de la Iglesia, en verso castellano, á fin de que se puedan cantar. Para uso de los que no saben latin. Por el autor del Evangelio en Triunfo. En Madrid en la imprenta de D. Joseph Doblado. Año 1800.*

Esta versión ha sido muy popular así en España como en América. En 1803 se reimprimió en Lima. Hay una reimpresión de ella, hecha en París, 1850 (librería de Rosa y Bouret), y de los salmos *Miserere* y *De Profundis* existe además una edición suelta: *Versión parafrástica del salmo 50..... y 129..... por el autor del Evangelio en triunfo, reimpreso por un devoto.* (V. Vera é Isla, *Noticia de las versiones poéticas del salmo Miserere* (Madrid, Fuentenebro, 1879, págs. 198 á 201).

— *Poemas Christianos, en que se exponen con sencillez las verdades más impor-*

Mientras Olavide llenaba á Europa con el ruido de sus andanzas y fortunas, continuaba en el Perú el movimiento literario, promovido eficazmente por la Sociedad de Amigos ó *Amantes del País*, de la cual fué presidente Baquijano y Carrillo, é individuos Unanue, Rodríguez de Mendoza, Arrese, Morales y Duares, el oidor Cerdán, Egaña, Calero y Moreira, el obispo Pérez Calama, los canónigos Bermúdez y Millán de Aguirre, el Jeronimiano Fr. Diego de Cisneros, gran propagador de los libros de los enciclopedistas, el Mercenario Calatayud, y otros varios eclesiásticos, tales como Laguna, Romero, Girval y Sobreviela. Bajo sus auspicios comenzó á publicarse en 1791 el *Mercurio Peruano*, revista importante que llegó á constar de doce tomos, y que Humboldt parece haber estimado en mucho. Por el mismo tiempo apareció el *Diario Eru-dito, Económico y Comercial de Lima*, que sólo duró tres años.

Con estos papeles se educó la generación de la guerra de la Independencia, á la cual en rigor pertenece Olmedo, que nació peruano, aunque muriese ciudadano del Ecuador; y á la cual perteneció también el desgraciado poeta arequipeño D. Mariano Melgar, fusilado por los realistas después de la batalla de Humachiri en 1814, á los veintitrés años de su edad. Este trágico y prematuro fin ha salvado del olvido el nombre del poeta, mucho más que el mérito de sus versos, que no pasan de ensayos de estudiante aprovechado. Algunas traducciones, como la de los *Remedios de Amor*, de Ovidio, que él llamó

tantes de la Religión, por el autor del Evangelio en triunfo. Publicados por un amigo del autor. Segunda edición, en Madrid, en la imprenta de Joseph Doblado.

Arte de olvidar, acreditan sus buenas humanidades; pero sus odas y elegías pertenecen á la escuela prosaica del siglo XVIII, y aun con la mejor voluntad es imposible encontrar en ellas nada que anuncie un talento poético de orden superior. La titulada *Al Autor del mar* es, sin duda, la mejor de todas; pero está versificada con tanto desaliño y tan poco nervio, que casi todas las intenciones líricas que realmente tiene resultan frustradas. Melgar es conocido generalmente por el dictado de poeta de los *yaravies*, por haber cultivado, no sin gracia, cierto género de poesía popular acomodada á una música indígena. Nuestra ignorancia de la lengua quichua y de las costumbres de los indios del Perú nos impide determinar si en estos cantos hay ó no un fondo tradicional. El prologuista de las poesías de Melgar nos dice que «el *yaraví* es una composición destinada á cantarse con acompañamiento de vihuela ó de dos *quenas*: la música no tiene más que un tema fijo, sin ninguna variación; y esta monotonía del canto lo asemeja á un golpe muchas veces repetido.....; así las notas del *yaraví* llevan poco á poco el alma á la melancolía..... No es el *yaraví* la canción que debemos á los europeos.....; los indígenas lo enseñaron á los españoles; y desde entonces se ha hecho de él una composición enteramente nacional en la música, y una canción enteramente especial en nuestra literatura..... Siendo el *yaraví* la poesía primitiva de los indígenas, las mejores composiciones de este género se encuentran en quichua. Las que se han hecho en español son traducciones ó imitaciones de aquéllas, y el verso que se ha adoptado para estas imitaciones es, por lo común, de ocho sílabas, en cuartetos ó quintillas. Se emplea también el verso de menos síla-

bas; y es muy usada la interpolación de versos de cinco sílabas entre los de ocho, y á este *yaraví* se le llama *de pie quebrado*».

Prescindiendo de la cuestión de origen, en que nos reconocemos de todo punto incompetentes, no habiendo oído cantar nunca *yaravies* ni entendiendo una palabra de la lengua en que, según dicen, están compuestos los mejores, sólo diremos que los diez *yaravies* auténticos de Melgar (á quien por su popularidad se han atribuido otros muchos) nada tienen en la letra de indio ni de peruano, y son meramente cancioncitas amorosas bastante delicadas y sentidas, que ganarán mucho con el prestigio de la música, si ésta es tan blanda, insinuante y melancólica como dicen. Son, sin duda, los versos más agradables de Melgar: naturales y sencillos, puros de todo rastro de afectación; pero creemos que el general Miller, que no tenía mucha obligación de entender de poesía castellana, se aventuró demasiado cuando llegó á compararlos nada menos que con las *Melodías Irlandesas* de Tomás Moore (1).

Continuó todavía en los primeros años de nuestro siglo la publicación de fiestas y certámenes poéticos, aunque por lo común con mejor gusto que en el anterior. De 1802 es la *Fama Póstuma* del arzobispo Don Domingo González de la Reguera, y de 1816 la muy curiosa colección de obras de elocuencia y poesía con que la Universidad de San Marcos celebró el recibi-

(1) *Poesías de D. Mariano Melgar. Publicadas D. Manuel Moscoso Melgar, dedicándolas á la Juventud Arequipeña.* Nancy, 1878. Con un prólogo de D. F. García Calderón, y una noticia biográfica del autor, cuyas bellas condiciones personales, novelescos amores y trágica muerte interesan más que sus obras.

miento del Virrey D. Joaquín de la Pezuela, vencedor en Viluma, en Ayohuma y Vilcapujio. Constan los autores de las dos piezas en prosa, que fueron el Dr. D. José Cavero y Salazar, Rector de aquella escuela, y el doctor Don José Joaquín de Larriva y Ruiz, catedrático de prima de Filosofía. Los versos están firmados con las iniciales J. P. de V. y F. Ll. La mayor parte son latinos, acompañados de la traducción castellana: no carecen de mérito, dentro de su género artificial, y prueban que la Universidad, hasta el último día de la dominación española, que fué casi el último día de su propia historia como organismo tradicional é independiente, no dejó de producir humanistas, ya que no era su misión formar poetas (1).

El exaltado realismo de que hacen gala los Doctores de la Universidad peruana en esta especie de corona ofrecida al insigne caudillo español, no ha de atribuirse meramente á entusiasmo oficial ni á impulso de adulación. Las opiniones andaban muy divididas en el Perú, y seguramente prevalecían en número los partidarios de la metrópoli. Hasta el último momento la causa española tuvo allí más secuaces que en ninguna otra parte de América: las tradiciones coloniales estaban muy arraigadas, merced á un largo régimen de prosperidad tranquila: Lima era copia fiel de las risueñas ciudades del Mediodía de España; y el fácil y alegre vivir de sus habitantes, justamente enamorados de su suelo, de su

(1) Colección de las composiciones de Elocuencia y Poesía con que la Real Universidad de San Marcos de Lima celebró en los días 20 y 21 de Noviembre de 1816 el recibimiento de su esclarecido vice-patrono el Excmo. Sr. D. Joaquín de la Pezuela y Sánchez..... Virrey, Gobernador y Capitán general del Reino del Perú..... Lima, 1816, por D. Bernardino Ruiz.

cielo y de la hermosura de sus mujeres, les hacía muy llevadera la ausencia de libertades políticas, que los más de ellos ni entendían ni solicitaban. Sin la conspiración militar que dividió el ejército español y arrancó el mando á Pezuela, y sin el auxilio, nada desinteresado, de Bolívar y sus colombianos, sabe Dios cuándo y cómo se hubiese consumado la emancipación de aquella parte del continente americano, aunque fuese inevitable para un plazo más ó menos largo. Pudieron contar, pues, Abascal y Pezuela con panegiristas ardientes y no sólo con mercenarios cantores.

Verdad es que con la inconstancia propia del gremio poético pasaron casi todos ellos al partido vencedor al día siguiente de la batalla de Ayacucho, y el primero de todos aquel mismo doctor Larriva que había escrito en 1807 el elogio universitario de Abascal, en 1812 el discurso contra los insurgentes del Alto Perú, en 1816 el sermón en alabanza de Pezuela, y en 1819 la oración fúnebre de los prisioneros realistas fusilados por los insurrectos en la Punta de San Luis; pasando luego, y sin esfuerzo ni transición alguna, á pronunciar en 1824 la oración fúnebre de los patriotas muertos en Junín, en 1826 el elogio académico de Bolívar, contra quien se desató luego en sátiras é invectivas, pocos meses después de haberle puesto entre los semidioses:

Mudamos de condición,
Pero fué sólo pasando
Del poder de Don Fernando
Al poder de Don Simón.

Era el tal Larriva (según refiere el Sr. Palma) un clérigo de costumbres nada ejemplares, poeta chistoso é improvisador de café, gran latino y hombre de muy

despierto y agudo ingenio, como lo prueban sus fábulas, su poema burlesco de *La Angulada* y otras producciones suyas, que desgraciadamente por ser de índole personal y efímera, han padecido la suerte común de las de su clase, que es no sobrevivir á los acontecimientos á que aluden y perseverar sólo en las páginas de algún curioso libro de Historia (1). Poetas muy afines á su estilo y manera fueron otros dos improvisadores, también eclesiásticos y de costumbres no menos relajadas: el presbítero Echegaray, que reparó con los buenos ejemplos de sus últimos años los escándalos de su mocedad, y el franciscano Fr. Mateo Chuecas y Espinosa, cuya vida se dilató hasta 1868, dándole tiempo también para enmendar sus desconcertadas costumbres, hacer un auto de fe con la mayor parte de sus versos profanos, y escribir algunas composiciones ascéticas de mérito (2). A todos éstos había precedido el *Ciego de la Merced*, Fr. Francisco del Castillo, que falleció á fines del siglo pasado, gran repentista, sobre todo en décimas

(1) En el tomo II de la *Colección de documentos* de Odriozola están las principales composiciones de Larriva.

(2) El Sr. Palma (*Tradiciones peruanas*, sexta serie), transcribe como del P. Chuecas, que se la comunicó autógrafa, la siguiente glosa de una rondalla muy popular en los libros de devoción:

¿Qué se hicieron de Sansón
Las fuerzas que en sí mantuvo,
Y la belleza que tuvo
Aquel soberbio Absalón?
¿La ciencia de Salomón
No es de todos alabada?
¿Dónde está depositada?
¿Qué se hizo? ¡Ya no parece!
Luego nada permanece
En esta vida prestada.
De Aristóteles la ciencia,
Del gran Platón el saber,
¿Qué es lo que han venido á ser?

de pie forzado. El Sr. Palma ha publicado algunas de sus picantes improvisaciones, dejando inéditas por lo licencioso y desvergonzado de la expresión otras muchas que tradicionalmente corren de boca en boca, y entre las cuales habrá seguramente algunas que sin razón se le achaquen: castigo providencial de todo el que alguna vez ha envilecido su musa con la obscenidad y el cinismo (1).

Dejando aparte estos rezagados del siglo XVIII, la literatura peruana del siglo XIX empieza propiamente con el médico D. José Manuel Valdés y el diplomático don José María de Pando. El Dr. Valdés, protomédico del Perú y director del Colegio de Medicina y Cirugía de Lima, ocupó honesta y piadosamente sus ocios en una traducción de los *Salmos*, muy notable por la pureza

¡Pura apariencia! ¡Apariencia!
Sólo en Dios hay suficiencia;
Sólo Dios todo lo sabe;
Nadie en el mundo se alabe
Ignorante de su fin.
Así lo dice Agustín,
Que es de la ciencia la llave.
Todos los sabios quisieron
Ser grandes en el saber;
Que lo fueron no hay que hacer,
Según que ellos lo creyeron.
Quizá muchos se perdieron
Por no ir en segura nave;
Camino inseguro y grave,
Si en Dios no fundan su ciencia,
Pues me dice la experiencia:
Quien sabe salvarse, sabe.
Si no se apoya el saber
En la tranquila conciencia,
De nada sirve la ciencia
Condenada á perecer.
Sólo el que sabe obtener,
Por una vida arreglada,
Un asiento en la morada
De la celestial Sión,
Sabe más que Salomón,
Y el que no, no sabe nada.

(1) *Tradiciones peruanas*, primera serie.